

Memorias [2]

Julio Rodríguez Villanueva

Bioquímico y ex rector de la Universidad de Salamanca

Hijo de Julio Rodríguez Rodríguez, el farmacéutico de Villamayor (Piloña), Julio Rodríguez Villanueva nace en 1928 y será la botica de su padre la que le inicie en la preparación

de fórmulas magistrales y en mirar por el microscopio. Ello le inclinará a las Ciencias y, a la vez, actuará el deseo de su padre de que herede el negocio familia. Por ello cursa Far-

macia en Madrid, carrera en la que se licencia y doctora. A continuación, y bajo el asesoramiento de un profesor portugués y de su paisano Severo Ochoa, acude a Cambridge.

«La Universidad tiene la ventaja de que puedes elegir a los mejores para investigar»

«Siempre sentí esa vocación de formar investigadores» ● «No sé si tuve ojo o suerte, pero las personas que vinieron a trabajar conmigo tenían ilusión»

Madrid, J. MORÁN

El bioquímico asturiano Julio Rodríguez Villanueva (Villamayor, Piloña, 1928) relata en esta segunda entrega de sus «Memorias» para LA NUEVA ESPAÑA la influencia que sobre él ejerció el también asturiano y premio Nobel Severo Ochoa. Asimismo, narra su paso por el Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y su posterior cátedra en la Universidad de Salamanca, donde dirigirá el Departamento de Microbiología en la Facultad de Ciencias.

● Treinta y dos catedráticos.

«Volví de Cambridge en 1959, para mí fue definitivo, y vine con mucha ilusión por investigar. En el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) me incorporé al Instituto de Microbiología Jaime Ferrán, que era el mayor núcleo de esta disciplina en España, dentro del Centro de Investigaciones Biológicas, en la calle Velázquez, junto al Cajal y otros institutos, y donde la figura máxima era Alberto Sols, el bioquímico realmente de más nivel que ha habido en España, y maestro de Margarita Salas y de su marido. También estaba allí Carlos Asensio, que era de Oviedo, muy amigo mío y desgraciadamente ya fallecido. Fui investigador científico, después profesor de Investigación y más tarde hice las oposiciones a la cátedra de Salamanca, que, de hecho, la dotaron, según me informaron, para que yo fuera a esa Universidad en 1967. Mi mujer fue conmigo y trasladamos a toda la familia.

»Antes, en el CSIC, fueron años de investigación y publicaciones y, sobre todo, de incorporación y formación de científicos y de crear un equipo y un ambiente de trabajo. Hubo muchas personas brillantes y tengo 32 discípulos que son catedráticos. Creo que es la mayor escuela de investigadores de España. Siempre sentí esa vocación de formar investigadores y tuve la suerte de incorporar a gente buenisima, entre ellos don Santiago Gascón, que se fue después a Oviedo y fue rector de su Universidad. Ahora mismo recuerdo también a Juan Francisco Martín y a Paloma Liras, que fueron a León».

● Influencia de don Severo.

«Severo Ochoa influyó mucho en mi trayectoria porque al lado de nuestra casa de Villamayor había un chalé muy bueno, que ahora es



MODEM PRESS

Julio Rodríguez Villanueva, con un libro sobre Severo Ochoa, en su despacho de la Fundación Ramón Areces, en Madrid.

«Gómez Santos es altamente responsable de que hayamos conocido la trayectoria histórica de Ochoa»

un hotel, el edificio más bonito, todo de piedra. Ésa era la casa de doña Severiana, que era tía de don Severo Ochoa, y él fue por allí varias veces y le conocí entonces, cuando yo estaba estudiando el Bachillerato. Y años más tarde, cuando terminé el doctorado en Madrid, le escribí una carta en la que le pedía consejo de adónde podría ir a continuación, si a Inglaterra, o a Estados Unidos o a otro país europeo, como Alemania o Francia. Él fue quien me aconsejó ir con el profesor Ernest Gale, a Cambridge, y eso fue una influencia definitiva de don Severo Ochoa y conservo la carta de respuesta que él me envió. Mantuve una relación muy grande con él durante el tiempo en que estuvo en Nueva York y luego, cuando regresó a España, mantuvimos siempre muchos contactos. Le considero mi padre científico en el sentido amplio de la palabra».

● Padre de premios. «También

hice muchos viajes a Oviedo con él, en coche, con motivo de los premios "Príncipe de Asturias". Los dos éramos miembros del jurado del premio de Investigación Científica y Técnica, que él presidía. Para mí fueron viajes deliciosos y parábamos siempre a comer en un restaurante al lado del río Duero. De hecho, él fue uno de los padres de los premios "Príncipe" y creo que es importante resaltarlo. Graciano García, su creador, mantuvo mucha relación con Severo y con nosotros, con Grande Covián, que fue el que sucedió a Ochoa como presidente del jurado y al que yo sucedí. Don Severo fue el impulsor de nuestro premio en el área científica y alrededor suyo hubo muchas reuniones, en las que yo participé también, con Graciano, que fue el alma de todo aquello, un hombre ingenioso y con mucho entusiasmo, como sigue siendo. Hay que fijarse dónde han llegado los premios "Príncipe"».

● Gómez Santos, biógrafo.

«Así que conocí el ambiente en el que trabajaba don Severo en Nueva York y siempre estuve un poco a su sombra. Cuando él volvió a Madrid fue cuando se hizo muy amigo de Marino Gómez Santos, el periodista y escritor asturiano, que ha sido su biógrafo y cuidó mucho a don Severo. Marino es al-

tamente responsable, de alguna forma, de que hayamos conocido la trayectoria histórica de don Severo. Como buen escritor, relató mucho de las conversaciones con él.

»Yo no he sido franquista, pero aprecio la obra que hizo Franco y los pasos que se dieron en el campo científico en aquella época. Don Severo Ochoa fue contrario a aquella situación y por eso emigró, pero fue muy amigo del profesor José María Albareda, que fue el creador del Consejo. Don Severo siempre hablaba del padre Albareda, porque luego se hizo sacerdote del Opus Dei, pero se refería a él con gran aprecio porque sabía el valor de la creación del CSIC, que nace en 1939 y fue herencia de la Junta de Ampliación de Estudios».

● La pauta de Sols. «Y el Consejo fue algo que revolucionó el país y se proyectó por toda España con su centro. Allí estuve yo y pensé a lo que se dice sobre la escasez de medios he de decir que íbamos consiguiendo medios y contratos con empresas. Nunca me faltó nada en el sentido amplio. Por ejemplo, podría contar la historia del primer microscopio de contraste de fase de fases, del electrónico que había en el Instituto de Óptica, en Madrid. Sólo había uno, pero nos organizábamos y le sacábamos

partido. Valorábamos mucho lo que teníamos porque sabíamos que costaba mucho conseguirlo, y ya digo que íbamos consiguiendo ayudas de investigación y contratos, con Alberto Sols al frente, que marcó una pauta de trabajo. Yo tuve un contrato americano durante bastante tiempo que me ayudó mucho. Eran contratos del Estado a través de la Universidad de Nueva York. Y, sobre todo, de 1959 a 1967 fueron años en los que yo incorporé a gente buenisima. No sé si tuve ojo o suerte, pero las personas que vinieron a trabajar conmigo tenían ilusión, igual que la mía y la de mi mujer, que fue la que me ayudó siempre. Fuimos creando un ambiente y teníamos seminarios todas las semanas. Marcaba la pauta Alberto Sols y luego Manuel Losada y Manuel Ruiz Amil, o los Escobar, que fue otro matrimonio que estaba en el Instituto Cajal antiguo. He sido catedrático en Salamanca, pero me considero CSIC por completo».

● Escoger a los mejores.

«Cuando gané la oposición me trasladé a Salamanca, en 1967. Lo hice con todas las consecuencias y la cátedra fue para mí una victoria importante. Además de tener la cátedra de Microbiología, fui en parte el iniciador de toda la sección de Biología en la Universidad de Salamanca. Es decir, que en la Facultad de Ciencias se creó esa sección de Biología, de la que ya había algo antes de que yo llegara. El rector de la Universidad era Felipe Lucena, un magnífico rector. Y al irnos a Salamanca trasladamos todo nuestro grupo y eso facilitó mucho la creación de nuestro departamento de Microbiología. Los investigadores que se trasladaron conmigo fueron el primer núcleo y fue fácil incorporar a más gente.

»En la Universidad hay una ventaja grande sobre el Consejo, y es que tú escoges a los mejores. En el tercer curso ya fichabas de alguna forma a los mejores y veías sus posibilidades. Los seguías en tercero, cuarto y quinto y en el doctorado. Y después salían al extranjero. Todos mis discípulos han salido al extranjero, sin excepción, y todos han ido a centros importantes porque me preocupaba mucho de ello y me asesoré cuando hizo falta. Salían tanto a Europa como a Estados Unidos y eso fue trascendental. EE UU fue y sigue siendo el stúmmum de la ciencia, pero en Inglaterra había núcleos como Cambridge y Oxford, o en Alemania y Holanda. Y en Francia, donde hice unos cursos en la Universidad de Lovaina, al igual que mi mujer, que es donde se formó. Ella era discípula predilecta del profesor Albareda, porque obtenía matrículas de honor en todo».

Mañana, tercera entrega:
Julio Rguez. Villanueva